

Sobre el futuro del Mundo y de la Iglesia

Karl Rahner *

Texto entresacado de un diálogo con Giancarlo Zizola, en Roma 1982, incluido en el libro de P. IMHOF Y H. BIALLOWONS, La fe en tiempos de invierno, Bilbao (Desclée Br.), 1989, págs.188-190.

Nuestra cultura está impregnada de técnica y de racionalidad. Sin embargo, pese a toda la racionalidad, ignoramos qué hacer en las cosas más importantes de la vida. Evidentemente, hay un contraste, cierta incompatibilidad entre los ideales concretos de nuestra sociedad y las ideologías tradicionales.

El cristianismo tiene todavía algo esencial que decir. Incluso podría afirmarse que el cristianismo tiene todo por decir. Si el cristianismo predica como meta o fin asequible al hombre a un Dios infinito, está anunciando una promesa singular. Lo que hagan los cristianos de hoy en virtud de falsos criterios, no basta para concluir que el cristianismo nada tiene ya que decir. El cristianismo tiene que ir desarrollándose continuamente. No está muerto ni ha pasado de moda: sigue siendo la religión absoluta.

(. . .)

Nos movemos en un lenguaje religioso completamente nuevo. Como el lenguaje depende de los contextos históricos, se halla en constante evolución. Naturalmente, el lenguaje religioso del año 2000 será distinto del de épocas pasadas. Pero en medio de todos los cambios no hemos de escamotear su continuidad. Yo leo, por ejemplo, a Platón

* Teólogo jesuita

Freiburg im Breisgrau 1904-Innsbruck 1984.

y le entiendo. La historia no conoce interrupciones de continuidad. En fin, malamente podemos estimar las dimensiones de un cambio en el lenguaje religioso del futuro.

El misterio consiste en definitiva, para mí, en percatarse razonablemente de que existe de hecho lo Incomprensible. En esto consiste el acto supremo del entendimiento. Esto ha sido alguna vez un drama para mí. Sí, incluso a menudo. Pero la presión cedió desde que la inteligencia comprendió que se halla ante el misterio absolutamente incomprensible. (...) Hay también una forma cristiana de agnosticismo. Sí, quizás sea la única forma genuina de agnosticismo: reconocer el misterio absoluto. ¿No habló acaso san Pablo de theos agnostós, del Dios desconocido?

(. . .)

La fe cristiana está siempre expuesta a la duda, cuando es una fe realmente seria. La fe y la duda se integran mutuamente. Pero esto no significa que se es increyente. Hace veinte años dijo Erich Fromm que era ateo. En realidad, sólo temía confundir a Dios con los ídolos y esta preocupación le impulsó por fin a enunciados ateos. Naturalmente, ocurre a menudo que los cristianos confunden a Dios con una imagen de Dios creada por sus propias manos. De hecho, hay hombres que creen en unos conceptos muy concretos y, sin embargo, son unos profundos increyentes en el seno de su propia existencia. Igualmente puede ocurrir a la inversa, siendo uno radicalmente creyente a pesar de desechar ciertos términos y enunciados.

La herejía más peligrosa por el momento es creer en Dios sólo cuando nos ayuda o, mejor, sólo porque debe ayudarnos.

(. . .)

Los problemas teológicos más apremiantes son los más antiguos, que son siempre los más actuales: ¿Es posible una genuina experiencia de Dios? ¿Puedo yo tener la experiencia de que Dios se me comunica en Jesucristo de una manera absoluta e irrevocable? Es manifiesto que los cuestionamientos fundamentales son hoy más radicales. Y es absolutamente necesario plantear los problemas con mayor radicalidad. Hoy en día abundan los problemas teológicos importantes. ¿Cómo explicarle a uno que, por ejemplo, Dios es más importante que su propia barriga?